

más: raro y elocuente espectáculo que, reuniendo y armonizando en un solo personaje los mejores caracteres de las costumbres y de la moral de ese tiempo y de ese país, hace admirar y amar la vida piadosa y ordenada, doméstica y disciplinada, laboriosa y rústica. La virtud protestante é inglesa no ha formado un modelo más ejemplar y amable. Religioso, afectuoso, razonador, concilia disposiciones que parecían excluirse; eclesiástico, labrador, padre de familia, realza caracteres que no parecían á propósito más que para crear tipos cómicos y vulgares.

IX

En el centro de ese grupo descuella un personaje extraño, el más acreditado de su tiempo, una especie de dictador literario. Richardson es amigo suyo y le proporciona ensayos para su periódico; Goldsmith, con una vanidad candorosa, le admira sufriendo al verse siempre eclipsado por él; miss Burney imita su estímulo y le reverencia como un padre; el historiador Gibbon, el pintor Reynolds, el actor Garrick, el orador Burke, el indianista Jones, van á su club á hacerle coro; lord Chesterfield, que ha perdido su favor, se esfuerza inútilmente en recuperarle proponiendo concederle la autoridad de un Papa sobre todas las palabras de la lengua; Boswell le sigue los pasos, anota sus frases, y por la noche llena volúmenes con ellas. Su crítica es ley, todo el mundo se agolpa para oír sus conversaciones; es el árbitro del estilo. Traslademos con la imaginación á Francia á ese príncipe de la inteligencia, coloquémosle en nuestros lindos salones de

filosofía elegante y de costumbres epicúreas; la violencia del contraste marcará mejor que todo razonamiento el sello y las predilecciones del espíritu inglés.

Se veía entrar á un hombre enorme, de anchuras de toro, de altura en proporción, de aspecto sombrío y rudo, de ojos parpadeantes, con profundas cicatrices de escrúfulas en la cara, con la camisa sucia, melancólico de nacimiento y maniático por remate. En medio de una tertulia se le oía mascullar de repente un verso latino ó una oración. Otras veces, en el hueco de una ventana, meneaba la cabeza, agitaba el cuerpo de adelante á atrás, y tan pronto alargaba como retiraba convulsivamente la pierna. Su compañero refería que había querido llegar con el pie derecho á toda costa, y que, no habiéndolo conseguido, había vuelto á probar con profunda atención, contando uno á uno todos sus pasos. La gente se sentaba á la mesa. De pronto se le iba el santo al cielo, se bajaba y sacaba en la mano el zapato de una señora. Apenas servido, se abalanzaba á la comida, «como un buitre, con los ojos fijos en el plato, sin decir una palabra, sin escuchar una palabra de lo que se decía alrededor», con tal voracidad, que se le hinchaban las venas de la frente y se le veía correr el sudor. Si por acaso la liebre estaba apuntada ó el pastel se había hecho con manteca rancia, no comía ya, devoraba. Cuando al fin saciaba su apetito, y se dignaba hablar, disputaba, vociferaba, hacía de la conversación un pugilato, arrancaba de cualquier modo la victoria, imponía su opinión doctoral é impetuosamente, y ponía de vuelta y media á las personas á quienes refutaba: «Caballero, veo que sois un miserable whig.—Señora mía, no habléis más de esto; la tontería no puede defenderse más que con la tontería.—Caballero, he querido ser des-

cortés con vos pensando que lo erais conmigo.» A todo esto, al pronunciar, hacía ruidos extraños, «ya dando vueltas á la boca como si rumiase, ya silbando por lo bajo, ya chasqueando la lengua como si cloqueara». Al fin de su período soplabá como una ballena, le temblaba el vientre, y trasegaba á su estómago una docena de tazas de te.

Entonces, por lo bajo, con precaución, se preguntaba á Garrick ó á Boswell acerca de la historia y las costumbres de aquel ogro grotesco. Había vivido cínica y excéntricamente, pasando su juventud en leer al azar en una tienda, sobre todo infolios latinos, aun los más ignorados, como, por ejemplo, Macrobio; y creyó encontrar recursos proponiendo al público una edición de Policiano. A los veinticinco años se había casado por amor con una mujer de cincuenta, mofletuda, coloradota, vestida de colores vistosos, que se penía en las mejillas media pulgada de afeitte, y tenía hijos de la misma edad que él. Cuando fué á Londres para ganarse el pan, unos, al ver sus gestos convulsivos le tomaron por un idiota; otros, contemplando su tronco macizo, le aconsejaron que se hiciese mozo de cuerda. Durante treinta años trabajó como un menestral para los librerros, á quienes sacudía cuando se hacían impertinentes; siempre andaba raído; una vez se pasó dos días en ayunas; se daba por contento cuando podía comer seis peniques de carne y un penique de pan, y escribió una novela en ocho noches para pagar el entierro de su madre. Ahora, pensionado por el rey, libre de su faena diaria, se entrega á su indolencia natural, y permanece en la cama hasta las doce ó más del día. A esa hora van á verle. Se sube la escalera de una triste casa situada al Norte de *Fleet-Street*, en un patio estrecho y oscuro, y se oye al pa-

sar las riñas de cuatro mujeres y de un viejo médico charlatán, infelices sin recursos, achacosos y de mal genio, á quienes ha recogido, á quienes mantiene, y que le atormentan ó insultan. Se pregunta por el doctor, abre un negro, se forma una tertulia alrededor de la cama magistral; hay siempre allí una porción de personajes distinguidos y aun señoras. Así rodeado, «declama» hasta la hora de comer. Luego diserta toda la tarde, sale por las calles á gozar del lodo y de la niebla de Londres, engancha un amigo para seguir conversando, y se dedica á pronunciar oráculos y sostener tesis hasta las cuatro de la mañana.

A esto preguntamos si es la audacia liberal de sus opiniones lo que seduce. Sus amigos responden que no hay partidario más rígido de la regla. Se le llama el Hércules del torismo. Detesta á los whigs desde la infancia, y jamás ha hablado de ellos más que como malhechores públicos. Los insulta hasta en su diccionario. Exalta á Jacobo II y á Carlos II como dos de los mejores reyes que se han conocido. Justifica las contribuciones arbitrarias que el gobierno pretende imponer á los americanos. Declara que «el espíritu whig es la negación de todo principio», que «el primer whig fué el diablo», que «la corona no tiene bastante poder», que «el género humano no puede ser feliz más que en un estado de desigualdad y de subordinación». Nosotros, franceses del tiempo, admiradores del *Contrato social*, sentimos en seguida que no estamos ya en Francia. Y qué diremos, ¡buen Dios!, cuando un instante después oímos al doctor continuar así: «Rousseau es uno de los peores hombres que ha habido, un bribón que merece ser expulsado de toda sociedad, como ha sido. Es una vergüenza que se le proteja en nuestro país. Yo fimaría una sentencia de deportación

contra él de más buen grado que contra ninguno de los tunantes que han salido de Old Bailey desde hace muchos años. Si quisiera verle trabajar en las plantaciones.»—Parece que no gustan en ese país los filósofos innovadores. Veamos si se tratará mejor á Voltaire: «Entre él y Rousseau, difícil es decir quién aventaja al otro en iniquidad.»—En buen hora; eso es hablar claro. Pero ¡qué! ¿es que no puede buscarse la verdad fuera de una iglesia reconocida? No, «ningún hombre honrado puede ser deísta, porque ningún hombre puede serlo después de examinar lealmente las pruebas del cristianismo».—He ahí un cristiano acérrimo; apenas los tenemos en Francia tan decididos. Más aún: es anglicano, apasionado de la jerarquía, admirador del orden establecido, hostil á los disidentes. Le veréis saludar á un obispo con especial veneración. Le veréis censurar á un amigo suyo por haber olvidado el nombre de Jesucristo al recitar las gracias. Si le habláis de una metodista que convierte á la gente, os dirá que una mujer que predica es como un perro que anda sobre las patas traseras, que eso es curioso, pero no bello. Es conservador, y no teme ser anticuado. Sabed que ha ido á la una de la madrugada á la iglesia de San Juan de Clerkenwell para interrogar á un alma en pena que se aparecía. Si tuvieseis entre las manos su diario, veríais en él plegarias fervientes, exámenes de conciencia y resoluciones de conducta. Con preocupaciones y ridiculeces, tiene convicción profunda, fe activa y severa piedad moral. Es cristiano de corazón y de conciencia, de pensamiento y de obra. La idea de Dios, el temor del juicio final, le preocupan y le reforman. «Garrick (dice un día), no voy más entre bastidores, porque las medias de seda y los pechos blancos de vuestras actrices excitan mis

propensiones amorosas.» Se echa en cara su indolencia, implora la gracia de Dios, es humilde y tiene escrúpulos.—Todo eso es bien extraño. Preguntamos á las gentes qué es lo que puede agradarles en ese oso huraño, que tiene costumbres de sacristán é inclinaciones de esbirro. Nos contestan que en Londres se es menos exigente que en París en punto á agrado y cortesía, que allí se permite á la energía ser ruda y á la virtud ser rara, que allí se tolera una conversación militante, que la opinión pública está por entero al lado de la Constitución y del cristianismo, y que ha hecho bien en tomar por maestro al hombre que, por su estilo y sus preceptos, se ajusta mejor á su inclinación.

Tras esto, hacemos que nos traigan sus libros, y al cabo de una hora advertimos que, sea la que quiera la obra, tragedia ó diccionario, biografía ó ensayo, conserva siempre el mismo tono. «Doctor (le decía Goldsmith), si compusieseis una fábula sobre los pececillos, los haríais hablar como ballenas.» En efecto; siempre usa el período solemne y majestuoso, en que cada sustantivo marcha pomposamente acompañado de su epíteto, en que las palabras altisonantes retumban como un órgano, en que cada proposición aparece equilibrada por otra proposición de igual longitud, en que el pensamiento se desarrolla con la regularidad acompasada y el esplendor ceremonioso de una procesión. La prosa clásica alcanza la perfección en él, como la poesía clásica en Pope. El arte no puede ser más consumado, ni la naturaleza estar más violentada. Nadie ha encerrado las ideas en compartimentos más rígidos; nadie ha dado un relieve más vigoroso á la disertación y á la prueba: nadie ha impuesto más despóticamente al diálogo las formas de la

argumentación y de la peroración; nadie ha mutilado más universalmente la libertad ondulante de la conversación y de la vida con antítesis y frases de autor. Es la consumación y el exceso, el triunfo y la tiranía del estilo oratorio. Comprendemos ahora que una edad oratoria le reconozca por maestro, y que se le adjudique en la elocuencia la primacía que se reconoce á Pope en los versos.

Falta saber qué ideas le hicieron popular. Aquí es donde redobla el asombro de un francés. Por más que hojeemos su diccionario, sus ocho volúmenes de ensayos, sus diez volúmenes de vidas, sus innumerables artículos, sus conversaciones tan cuidadosamente recogidas, bostezamos siempre. Sus verdades son demasiado verdaderas; sabíamos de memoria de antemano sus preceptos. Nos enseña que la vida es corta y que debemos aprovechar los pocos momentos que nos son concedidos (1), que una madre no debe educar á su hijo como un petimetre, que el hombre debe arrepentirse de sus faltas, y evitar, sin embargo, la superstición, que en todo asunto hay que ser activos y no precipitados. Le damos las gracias por esos sabios consejos, pero nos decimos por lo bajo que hubiéramos podido pasarnos sin ellos perfectamente. Quisiéramos saber quiénes son los adoradores del aburrimiento que han comprado de golpe trece mil ejemplares de esas obras. Nos acordamos entonces de que en Inglaterra los sermones agradan, y esos *Ensayos* son sermones. Reconocemos que hombres reflexivos no tienen necesidad de ideas aventuradas y atractivas, sino de verdades palpables y provechosas. Piden que se les suministre una provisión útil de documentos auténticos

(1) *Rambler*, 108, 109, 110, 111.

sobre el hombre y su vida, y no piden nada más. Poco importa que sea vulgar la idea; también son vulgares la carne y el pan, y no por eso son menos buenos. Quieren que se los instruya sobre las especies y grados de la felicidad y de la desgracia, sobre las variedades y las consecuencias de las condiciones y de los caracteres, sobre las ventajas é inconvenientes de la ciudad y del campo, de la ciencia y de la ignorancia, de la riqueza y de la medianía, porque son moralistas y utilitarios, porque buscan en un libro luces que los aparten de la irreflexión y motivos que los confirmen en la honradez, porque cultivan en sí mismos el *sense*, es decir, la razón práctica. Un poco de ficción, algunos retratos, el menor atractivo bastará para adornarla; ese alimento sustancioso no necesita más que un condimento muy sencillo; no es la novedad de los manjares ni la delicadeza del aderezo lo que se busca, sino la solidez y la salubridad. En este concepto, los *Ensayos* son un alimento nacional. Precisamente porque son pesados é insípidos para nosotros, se adaptan al gusto de un inglés; ahora comprendemos por qué ellos tienen como favorito y reverencian como filósofo al respetable é insoportable Samuel Johnson (1).

X

Yo quisiera reunir todos estos rasgos, ver figuras; sólo los colores y las formas completan una idea; para saber, hay que ver. Vamos al museo de estampas: Ho-

(1) Véase su biografía por Roswell, 4 volúmenes.

garth, el pintor nacional, el amigo de Fielding, el contemporáneo de Johson, el exacto imitador de las costumbres, nos mostrará el exterior como ellos nos han mostrado el interior.

Entramos en esa gran biblioteca de las artes. ¡Noble cosa la pintura! Todo lo embellece, hasta el vicio. En las cuatro paredes, tras los cristales transparentes y relucientes, se yerguen los cuerpos, palpitan las carnes, el tibio rocío de la sangre corre bajo la piel, las caras animadas se destacan en la luz; parece que lo feo, lo vulgar y lo odioso han desaparecido del mundo. Yo no juzgo ya los caracteres; dejo á un lado las reglas morales. No me siento inclinado á aprobar ni á odiar. Un hombre aquí no es más que una mancha de color; á lo más, un haz de músculos; no sé ya si es asesino.

La vida, el despliegue gozoso, íntegro, exuberante, la expansión de las potencias naturales y corporales: he ahí lo que por todos lados afluye á los ojos y los regocija. Nuestros miembros se agitan involuntariamente por la imitación contagiosa de los movimientos y de las formas. Ante esos leones de Rubens, cuyas voces profundas suben como un trueno hacia la boca del antro, ante esas ancas colosales que se retuercen, ante esos hocicos que remueven cráneos, el animal que hay en nosotros se estremece por simpatía, y nos parece que vamos á exhalar de nuestro pecho un clamor igual á su rugido.

En vano ha degenerado el arte; aun entre franceses, entre ingenios enamorados del epigrama, entre abates empolvados del siglo XVIII, no deja de ser el mismo. Ha desaparecido la belleza, pero queda la gracia. Esas lindas caritas picarescas, esos finos talles de avispa, esos brazos delicados sumergidos en un nido

de encajes, esos paseos indolentes entre bosquecillos y surtidores de aguas que murmuran, esos arroba-mientos galantes en una estancia suntuosa festoneada de guirnaldas, todo ese mundo delicado y atildado tiene aún sus seducciones. El artista, entonces como antes, coge en las cosas la flor, y no se preocupa de lo demás.

Pero Hogarth, ¿qué es lo que ha querido? ¿Quién ha visto jamás un pintor semejante? ¿Es un pintor? Los otros despiertan el deseo de ver lo que representan; él inspira el deseo de no ver lo que quiere representar.

¿Hay nada más agradable de pintar que una embriaguez nocturna, buenas carotas despreocupadas, y la rica luz inundada de sombras que se proyecta en ropas estrujadas y cuerpos entorpecidos? En él, al contrario, ¡qué figuras! La maldad, la estupidez, todo el innoble veneno de las más innobles pasiones humanas rezuma y destila de ellas. El uno está de pie, temblando, y entreabre los labios con el ansia del vómito; otro aulla roncamente como un mastín; un tercero cae de bruces con una sonrisa de idiota enfermo. Se hojea, y la fila de las fisonomías odiosa ó bestiales va alargándose sin fin; facciones contraídas ó disformes, frentes preñadas ó cubiertas de carnaza sudorosa, bocas horribles distendidas por una risa feroz. Este tiene la nariz comida; su vecino, tuerto, de cabeza cuadrada, empedrado de berrugas sanguinolentas, fuma silenciosamente, henchido de rencor y de *spleen*; otro, viejo con muleta, amoratado y abotagado, con una barba que le cae hasta el pecho, mira con los ojos fijos y salientes de una langosta. Lo que Hogarth muestra en el hombre es la bestia; peor aún: la bestia loca ó sanguinaria, postrada ó rabiosa. Ved

ese asesino detenido sobre el cadáver de su amante degollada, con los ojos torcidos, con la boca contraída, rechinando los dientes al ver la sangre que le salpica y le denuncia, ó ese jugador arruinado que acaba de arrancarse la peluca y la corbata, y grita de rodillas, apretando los dientes y levantando el puño contra el cielo. Mirad aún ese h6spital de maniacos: el idiota de cara terrosa, de pelo grasiento, de uñas sucias, que cree tocar el viol6n y que se ha puesto en la cabeza un cuaderno de m6sica; el supersticioso que se retuerce convulsivamente en la paja, con las manos juntas, sintiendo en sus entrañas la garra del diablo; el furioso hurafio y desnudo á quien se encadena, y que se arranca con las uñas pedazos de carne. Detestables yahus que pretend6is usurpar la luz bendita, ¿en qué cerebro hab6is podido nacer, y por qué ha venido un pintor á manchar los ojos con vuestro aspecto?

Es que esos ojos eran ingleses, y los sentidos allí son bárbaros. Dejemos á la puerta nuestras repugnancias, y miremos las cosas como hace la gente de ese país, no por fuera, sino por dentro. Toda la corriente del pensamiento público se dirige allí hacia la observación del alma, y la pintura se ve arrollada con las letras en el mismo cauce. Olvidad, pues, los contornos; no son más que líneas; el cuerpo no sirve aquí más que para traducir el espíritu. Esa nariz torcida, esos granos de una mejilla avinada, ese gesto alelado del bruto soñoliento, esas facciones grotescas, esas formas envilecidas, no sirven más que para hacer resaltar el temperamento, el oficio, la manía, el hábito. No son ya miembros y cabezas lo que nos muestra el pintor, sino la disipación, la embriaguez, la brutalidad, el odio, la desesperación, todas las enfermedades

y deformidades de esas voluntades demasiado violentas y duras, el enjambre furioso de todas las pasiones. No es que él las desencadene; ese rudo burgués dogmático y cristiano maneja más vigorosamente que ninguno de sus colegas el garrote de la moral. Es un *policeman* fornido que se ha encargado de instruir y de corregir á pugilistas borrachos. De tal hombre á tales hombres, los miramientos estarían de sobra. Al pie de cada jaula donde encierra un vicio, escribe un nombre y añade la condenación fulminada por la Escritura; le exhibe en toda su fealdad, le hunde en su inmundicia, le arrastra á su suplicio; de suerte que no hay conciencia tan falseada que no le reconozca, ni conciencia tan empedernida que no le tome horror.

Mirad bien; he aquí lecciones que van derechas á su objeto. Esta es contra la ginebra. Sobre una escalera, en plena calle, yace una mujer borracha, medio desnuda, con los senos flácidos y las piernas escrofulosas; sonríe idiotamente, y su niño, á quien deja caer al suelo, se rompe el cráneo. Debajo de ella se desploma un pálido esqueleto, con los ojos cerrados y el vase en la mano. Alrededor la orgía y el delirio precipitan, unos contra otros, espectros harapientos. Un misero que se ha colgado se bambolea en una guardilla. Unos sepultureros meten en el ataúd el cadáver de una mujer desnuda. Un hambriento roe al lado de un perro un hueso sin carne. Junto á él están bebiendo unas niñas, y una joven hace tragar ginebra á su hijo, niño de pecho. Un loco traspasa á su hijo, se lo lleva, baila riendo, y la madre lo ve.

Otro cuadro y otra lección, ahora contra la crueldad. Se hace la disección de un joven, ahorcado por asesino. Está sobre una mesa, y el presidente ordena muy tranquilo los sitios en que hay que trabajar. Los

operadores cortan y tiran. Uno está á los pies; el segundo, viejo matarife sardónico, tiene un cuchillo en la mano que hará bien su oficio, y mete la otra en las entrañas, que van á parar á un cubo. El tercero extirpa los ojos, y la boca contraída del cadáver parece gritar. Entre tanto, un perro echa el diente al corazón que está en el suelo; fémures y cráneos hierven en una caldera, y alrededor los doctores cambian con sangre fría bromas quirúrgicas sobre el sujeto que el escalpelo va deshaciendo trozo á trozo.

Diréis que lecciones de ese gusto son buenas para bárbaros, y que no os cautivan predicadores como de Foe, Hogarth, Smollett, Richardson, Johnson y demás; yo respondo que los moralistas son útiles, y que éstos han transformado una barbarie en civilización.

CAPITULO VII

LOS POETAS

- I. Dominación y dominio del espíritu clásico.—Sus caracteres, sus obras, su alcance y sus límites.—Cómo tiene su centro en Pope.
- II. Pope.—Su educación.—Su precocidad.—Sus comienzos.—*Las Pastorales*.—El *Ensayo sobre la crítica*.—Su persona.—Su género de vida.—Su carácter.—Pobreza de sus pasiones y de sus ideas.—Magnitud de su vanidad y de su arte.—Su fortuna independiente y su trabajo asiduo.
- III. La *Epístola de Eloisa á Abelardo*.—El *Robo del rizo*.—La sociedad y el lenguaje de sociedad en Francia y en Inglaterra.—Cómo es violenta y desagradable en Pope la nota festiva.—La *Estulticiada*.—Suciedades y trivialidades.—Cómo son inconciliables la imaginación inglesa y el talento de salón.
- IV. Su talento descriptivo.—Su talento oratorio.—Sus poemas didácticos.—Por qué esos poemas son la obra final del espíritu clásico.—El *Ensayo sobre el hombre*.—Su deísmo y su optimismo.—Valor de sus concepciones.—Cómo se relacionan con el estilo reinante.—Cómo se deforman en manos de Pope.—Procedimientos y perfección de su estilo.—Excelencia de sus retratos.—Por qué son superiores.—Su traducción de la *Ilíada*.—Cómo ha cambiado el gusto desde hace un siglo.
- V. Desproporción entre el espíritu inglés y los convencionalismos clásicos.—Prior.—Gay.—La pastoral antigua es imposible en los climas del Norte.—El sentimiento del campo es natural en Inglaterra.—Thompson.
- VI. Descrédito de la vida de salón.—Aparición del hombre sensible.—Cómo la vuelta á la naturaleza es más precoz en Inglaterra que en Francia.—Sterne.—Richardson.—Mackensie.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO